

Dr. C. Pérez Canto

Influencia de la  
Sociedad Médica so-  
bre el progreso de la  
medicina en Chile



**SANTIAGO DE CHILE**

Imprenta, Litografía i Encuadernación "Barcelona"  
MONEDA, ESQUINA SAN ANTONIO

—  
1910





---

## Influencia de la Sociedad Médica sobre el progreso de la medicina en Chile <sup>(1)</sup>

---

Hace 40 años que un grupo de médicos i estudiantes fundaron en Santiago la Sociedad cuyo aniversario tenemos hoy el agrado de conmemorar.

Cuando un acontecimiento se produce es siempre precedido por una serie de circunstancias que lo preparan i lo enjendran, pero que a menudo el tiempo borra porque no ha quedado constancia escrita ni oficial de su existencia. El que lea los estatutos primitivos de nuestra Sociedad, hallará que los propósitos de sus fundadores fueron los mismos, honestos i vulgares, que persiguen en todas partes las sociedades científicas; pero alguno de ustedes no habrá de creerme cuando diga que la fundacion de la Sociedad Médica fué la consecuencia obligatoria de la postracion en que se hallaba la enseñanza de la medicina i, sobre todo, del grado increíble de suciedad que se cultivaba en los galpones de la calle de San Francisco a que los Gobiernos de aquella época daban tranquilamente el nombre de Escuela Médica.

Aunque hablar de cosas de 40 años atras pudiera provocar recelos, voy a recordar lijeramente lo que, a mi juicio, esplica ese movimiento de opinion consciente que comenzó con el nacimiento de nuestra Sociedad i que se ha paralizado hace al-

---

(1) Discurso del Dr. C. Pérez Canto en la sesion solemne del XL aniversario de la Sociedad Médica. Diciembre de 1909.

gunos años por causas que algun historiador imparcial podrá comunicar a ustedes a la vuelta de otros 40 años. Espero terminar este exámen retrospectivo ántes de que alcance a tomar forma concreta la natural repugnancia de ustedes por las cosas viejas.

Ha sido para mí mui difícil de comprender por qué los presupuestos de la República cuando consignaban en aquella época la suma miserable destinada a nuestra enseñanza médica, daban el nombre de Escuela al sucio galpon de fierro alquitranado que comenzaba en el pequeño cuarto llamado Anfiteatro por malignos estudiantes, i que terminaba en otro algo mayor, donde el hospital de San Juan de Dios almacenaba perpetuamente los despojos de la vida. De todos modos, eso era el hogar de los estudiantes i la cátedra de los profesores, i de allí salieron esas falanjes de espíritus altruistas, alivio de sus semejantes en epidemias i combates, pero a la vez objeto fácil de críticas ignorantes i de epigramas pueriles con que ciertas mentalidades superiores acentúan los dones que la casualidad puso en su alcance en el fondo de una bolsa hereditaria o adquirida.

El método espermental aplicado a la medicina, habia promovido un progreso considerable en esta rama de la ciencia, i el laboratorio habia llegado a ser para ella una entidad indispensable; i a pesar de que esta necesidad era conocida en Chile desde muchos años, casi es posible afirmar que los laboratorios no existian en la Escuela Médica. A este respecto no puedo avanzar una negativa categórica, porque existe entre los médicos de aquella época el vago recuerdo de cierto conjunto instrumental que puede considerarse como el jérmén o protoplasma de nuestros laboratorios actuales: habia una oficina de carácter espermental evidente, instalada a campo abierto en un rincon del corral, donde funcionaban en ciertos meses del año un brasero de fierro que calentaba una olla de greda, donde se fundia el sebo coloreado necesario para inyectar las arterias i las venas; completaban la oficina una jeringa de bronce con dos bitoques de diverso calibre i el portero de la Escuela como jefe de laboratorio.

¿Cuál era la enseñanza posible en tales condiciones? Por acuerdo tácito de la Facultad se habia renunciado a la enseñanza de la histolojía, porque aun cuando en la Escuela se en-

contraba un microscopio de gran tamaño, no era para los estudiantes de gran utilidad, pues, bajo la forma de una lámina mural, adornaba la pieza del inspector.

La fisiología experimental disponia como de único amueblado de cuatro largas bancas i de una estera de petate, última nuestra de una industria nacional floreciente en la colonia. El estudio de las patologías parecia tener por objeto el ejercicio de la memoria o la determinacion del grado de soñolencia capaz de producir en cada alumno, i eran profesadas en un salon desmantelado de la Universidad de Chile. La química i la física médicas eran estudios comunes con los cursos de ingeniería. Las clínicas, que se hacian el hospital de San Juan de Dios por graciosa tolerancia de la Junta de Beneficencia, no disponian de otros reactivos para el exámen de las producciones patológicas que de los mui sumarios que la naturaleza puso en nuestros órganos de los sentidos.

Cuando recuerdo los nombres de aquellos antiguos profesores, víctimas resignadas de aquel abandono i de aquella mugre secular, veo engrandecidos el talento, la perseverancia i la buena voluntad que todos ellos pusieron en conservar la vida de una escuela moribunda, sostenidos por la esperanza de tiempos mejores.

Inútiles habian resultado las representaciones que año tras año hacian al Gobierno nuestros sufridos maestros; i las descripciones de las escuelas europeas que solíamos oír de algunos médicos viajeros, estimulaban vivamente el deseo de progreso que vivia aplastado por los viejos galpones de la calle de San Francisco. Por otra parte, los estudiantes de aquella época eran mui buenos muchachos, llenos de mansedumbre, talvez porque solo tenian conocimientos mui rudimentarios de aritmética; ignoraban, en su mayor parte, que las cantidades se forman por la suma metódica de muchas unidades, i hace mui poco tiempo que se dieron cuenta de esta operacion fundamental, en circunstancias de haber sido colocados en *altos puestos* como premio de su abnegada labor durante una cruel epidemia; sin esta lamentable ignorancia sobre las propiedades de los números, es seguro que ellos habrian prestado a sus maestros el concurso demasiado impetuoso a veces, pero siempre bien intencionado, que caracteriza los<sup>a</sup> movimientos de una juventud esencialmente ilustrada.

Es permitido muchas veces, para espresar una situacion, tomar el efecto por la causa; así puedo afirmar, en resúmen, que la extrema suciedad de nuestra antigua Escuela Médica era la causa de la postracion de sus estudios, i como el Gobierno era la única persona capaz de limpiarla, debia ser considerado como el único culpable de la decadencia de la medicina en Chile. Lo que no debe estrañar a ustedes por ser un hecho averiguado que en todo pais el Gobierno es la causa de todos nuestros males.

Es fácil imajinar el estado jeneral de los ánimos en presencia de una situacion como la que acabo de pintar. No sabria decidir, por no haberlo presenciado, si en la vieja Escuela predominaba la necesidad de un gran consuelo mútuo, o el sencimiento mas humano de hablar pestes contra todos los que eran rémoras para el progreso de los estudios médicos; el hecho es que lentamente, con voluntaria inconsciencia, se fueron juntando voluntades, arrastrando inercias, escitando entusiasmos, hasta que un grupo numeroso de médicos i de estudiantes declaró instalada, en julio de 1869, la Sociedad Médica de Santiago que por declaracion oficial debia procurar el adelanto i difusion de las ciencias médicas i naturales.

Pronto comenzaron las manifestaciones de vida de la nueva Sociedad bajo la forma de conferencias didácticas de los profesores, de narraciones clínicas de los estudiantes, de resúmenes prácticos sobre las últimas novedades europeas. No tenemos constancia oficial de la labor científica llevada a cabo durante este primer período, pero es de suponer que la naciente Sociedad tropezaria, como todas las de su especie, con los obstáculos producidos por las alternativas de entusiasmos irreflexivos i desalientos infundados. De todos modos, se puede asegurar que los ideales de progreso médico, causa determinante de su existencia, no vieron ni la mas remota esperanza de realizacion, pues en la Escuela no se advirtió mas cambio que el que aportan consigo algunos años mas de suciedad i de abandono.

Si hubiéramos de reconstituir el estado de ánimo de los directores de la Sociedad en aquella época, encontraríamos probablemente la idea de una funcion incompleta, la nocion de una tentativa penosa que distaba mucho de la realidad esperada. En el ánimo de todos ellos debia estar la

idea de un periódico, prevista en los estatutos sociales, que fuera no solo la materialización de sus trabajos médicos sino principalmente la fuerza constante que habría de golpear, hasta romperla, esa roca tan dura de la inercia oficial. Entonces apareció la Revista Médica de Chile que, venciendo grandes dificultades, publicó su primer número en julio de 1872, tres años después de la fundación de la Sociedad. Desde entonces, médicos i estudiantes de muchas jeneraciones hemos considerado a la Revista como nuestra hija predilecta, como el único esponente del trabajo efectivo de la Sociedad Médica.

Diversas vicisitudes señaladas por alternativas de trabajo esforzado i de reposo inexplicable, ha experimentado nuestra Revista; pero tales tropiezos, comunes a todas las publicaciones científicas, no han sido para ella de tal naturaleza que hayan interrumpido ni por un momento su labor. La experiencia, hija del tiempo, le ha dado su forma y su fondos actuales i, tal como es, responde i responderá por largos años a las aspiraciones del cuerpo médico. Así pues, la sección editorial de la Revista que refleja el pensamiento de la Sociedad en las cuestiones jenerales de higiene pública o de intereses profesional; la sección de memorias orijinales que esterioriza el trabajo efectivo de sus miembros; la sección de actas de sesiones que guarda esa labor menuda, pero abundante, alimento diario de toda corporación científica; la sección extranjera que resume con ilustrado criterio las últimas novedades de la medicina mundial; la sección bibliográfica que analiza sumariamente los últimos libros aparecidos; todas estas reparticiones de la Revista forman el cuadro ya consagrado de trabajos que por mucho tiempo no deberíamos alterar. Es evidente que cada una de estas secciones puede ser objeto de una perfección indefinida, i con la reserva necesaria puedo decir a ustedes que hasta hoy solo han dado muestras de una imperfección mui acentuada; me apresuro a establecer que si hai culpables, no se deben buscar en la Sociedad Médica; la culpa flota en el medio ambiente jeneral, es la resultante de la disminución de nuestra densidad moral que veinte años de métodos educativos exóticos o inapropiados para nuestra juventud han contribuido a disociar.

Cualesquiera que sean sus imperfecciones, nuestra Revista

Médica es el reflejo inevitable de la labor científica de la profesion médica; el que tuviera la paciencia de hojear las pájinas de sus cuarenta volúmenes encontraria en ellas todos los entusiasmos i todos los desalientos, todos los progresos i todos los retrasos que alternativamente han caracterizado nuestra labor profesional. El libro es de tal modo archivo i fe de toda produccion intelectual.

Entre tanto, las fuerzas que dieron oríjen a la Sociedad Médica se fueron renovando año por año sin cambiar por eso su carácter fundamental. Fueron algunos médicos i muchos estudiantes los que dieron el primer impulso; han sido muchos estudiantes i pocos médicos los que pudieron continuarlo; i hasta hubo una época en que a no mediar los estudiantes, la Sociedad hubiera dormido una siesta prolongada. Pero este impulso estimulante, tan beneficioso para ella, llegó a ser un peligro cuando el exceso de vida no pudo ser encauzado por la tranquilidad de la esperiencia; se produjo entónces una reforma i desde esa época los estudiantes, aunque viven ampliamente la vida de nuestra Sociedad, no influyen directamente en sus destinos. Es digno de notar, sin embargo, que los jérmenes mas vivaces que aseguran hoí i para el porvenir la continuidad de nuestra existencia social, están formados por la juventud médica salida de la Escuela en medio de una nube de esperanzas i entusiasmos; andando el tiempo i no mucho, sopla el viento frio de nuestra madrastra oficial i la nube se deshace avivando el recuerdo de que, segun la frase culta i elegante citada recientemente con fruicion por una de nuestras mas formidables mentalidades parlamentarias, los chilenos son apénas especies de "vacas indíjenas destinadas a sufrir la fecundacion de los toros estranjeros".

Asegurada la vida material de la Sociedad, aunque su vida intelectual fuera precaria, el cuerpo médico tuvo un centro donde, a la vez que se dilucidaban cuestiones puramente científicas, se discutian familiarmente sus deseos de progreso, se alentaban los espíritus para esa propaganda lenta i penosa que habria de reformar nuestra rudimentaria enseñanza. Todo estaba dicho, el plan de reforma era de una sencillez elemental; se habia puesto en juego hasta el sentimiento de vergüenza que la nacion debia experimentar mostrando a los estraños el corral inmundito de la Escuela Médica. Hasta entónces los

Gobiernos habian asegurado que estaban estudiando la cuestion, pero, como sabemos, cuando un Gobierno estudia una cosa quedan pocas probabilidades de verla realizada.

Llegó, por fin, un momento en que otro Gobierno comprendió la imposibilidad de dilatar por mas tiempo la realizacion de una reforma exigida por nuestro propio decoro, i con poco estudio i mucha accion levantó el palacio que hoi alberga a nuestra Escuela. En él se reunió, como fiesta inaugural en 1889, un congreso médico chileno, que fué la semilla orijinal del Congreso Latino Americano de 1901 i de todas las demas reuniones científicas de carácter internacional realizadas despues en nuestro continente. Seria una exajeracion asegurar que la moderna Escuela Médica se debe únicamente a la propaganda de nuestra Sociedad, pero seria un desconocimiento de los hechos negar a ésta la influencia individual i de conjunto, propia de toda sociedad bien constituida, que precipitó el momento de la gran reforma.

Cuando afirmo que la construccion de la nueva Escuela implicaba una reforma de nuestra vieja enseñanza no hago mas que establecer la relacion forzosa que hai siempre entre un hecho material i otro de órden mental. El nuevo edificio dió comodidades a profesores y estudiantes, permitió la instalacion de laboratorios, produjo ese sentimiento de orgullo que acompaña tan humanamente a una brillante esterioridad: pero hizo nacer al mismo tiempo la obligacion de colocar los procesos intelectuales que allí habrían de desarrollarse al nivel de su perfeccion material. En efecto, poco a poco se introdujeron en la enseñanza los nuevos métodos experimentales, los procedimientos de observacion razonada, la gradacion evolutiva en el aprendizaje de los fenómenos biológicos, casi todo el conjunto de las condiciones necesarias para leer en la naturaleza con el ausilio discreto, pero ilustrado, del profesor. Así de un salto, nuestra Escuela salió de su bochornosa oscuridad, frecuentaron sus laboratorios estudiantes de las naciones vecinas i todo hacia creer que habría de continuar viviendo al lado del progreso: esta esperanza no se ha realizado i un sentimiento penoso me acompaña cuando esteriorizo las convicciones de ustedes afirmando que nuestra enseñanza médica retrograda porque ha sido incapaz de avanzar.

Como era lógico que sucediera, la fundacion de la nueva Escuela Médica dió un impulso vigoroso a las labores de la Sociedad. Numerosos trabajos de orden clínico en patología i en terapia dieron brillo a nuestras sesiones de conferencias i estimularon durante mucho tiempo la produccion de otros trabajos semejantes. Es verdad que fueron escasas las investigaciones orijinales de laboratorio, sin las cuales no se difunde la importancia de una Escuela; pero esta situacion es la misma que actualmente deploramos i que se debe al criterio estrechísimo, podria decir injurioso, que entre nosotros se aplica a todo lo que se refiere al profesorado nacional.

Al lado de esta labor esencialmente clínica, la Sociedad Médica ha perseguido con empeño la solucion de problemas que se refieren a la hijiene pública. Bajo una forma oficiosa, para no invadir atribuciones que las leyes confieren a otras oficinas, la Sociedad ha estimulado constantemente la accion del Gobierno, solicitando medidas de carácter jeneral para combatir los estragos de la viruela i de la peste bubónica, sello vergonzoso que tantas administraciones públicas han soportado con sin igual paciencia; ha demostrado la estencion de esas dos grandes endemias nacionales, la tuberculósis i el alcoholismo, ruina de esta raza, que las administraciones locales cultivan bajo la forma de tabernas i conventillos: ha pedido la promulgacion de un Código Sanitario, mas necesario aun, que el Código Civil; pero nada de esto ha conseguido; muchas veces ha quedado sin respuesta.

En un orden de cosas diferente, la Sociedad ha establecido las bases, todavía mui rudimentarias, de nuestros deberes profesionales. El contacto frecuente de sus socios ha facilitado su conocimiento mutuo, disipando prejuicios i suavizando asperezas inevitables; se ha adquirido un mejor concepto de los deberes del médico ante el enfermo; se ha estimulado el espíritu de solidaridad profesional que ha hecho posible un apoyo ante los ataques de cierto público mas ignorante que injusto; como resultado principal de estos esfuerzos se ha llegado a conseguir un grado mas alto de dignificacion profesional.

Si no ha sido mas brillante nuestra labor pasada, la Sociedad Médica debe buscar en ella un estímulo para mayores trabajos futuros. Al lado del cultivo de la ciencia pura, que ha-

bremos de continuar con empeño, debemos procurar la solución de puntos concretos que interesen principalmente a la comunidad social.

Debemos perseguir sin descanso la creación del hospital clínico como el único medio de hacer objetiva i práctica la enseñanza médica; las lecciones de cosas, esa idea vieja como el mundo que acaba de descubrir la pedagogía moderna, tienen en la medicina su mas importante aplicación, porque debemos confesar que hai todavía en nuestra escuela cursos importantes que no son mas que un estéril ejercicio de la memoria. El Hospital Clínico i el desarrollo de nuestros modestos laboratorios permitirán emprender la reforma de los métodos de enseñanza, ya considerablemente distanciados por las principales escuelas sud-americanas.

La organización hospitalaria conserva todavía en su parte técnica los caracteres de la época colonial i debemos dirigir nuestros esfuerzos a obtener por lo ménos que la segunda administración de estos establecimientos esté confiada a las atenciones de un profesional. Son los hospitales especies de laboratorios donde se hace un análisis minucioso de la vida i es indispensable que su personal técnico llegue a ellos únicamente con el bagaje de la ciencia i la experiencia.

Aunque nos duela decirlo, en el país no existe una estadística médica; la necesitamos no solo para los estudios demográficos que se relacionan con la salubridad pública, sino también para conocer el coeficiente de inacción de los poderes públicos ante la enorme mortalidad que detiene el crecimiento de nuestra riqueza nacional; trabajemos entónces por la reforma de la lei de registro civil para establecer la comprobación científica de las defunciones. Si algun día llegamos a tenerla veremos que ilusoria y deleznable resulta esa inmigración artificial en que la nación ha gastado tanto dinero, ante la suma enorme de fuerzas vivas que entregamos anualmente con ánimo lijero a la destrucción de la muerte.

Luchemos también contra la viruela por la vacuna i demostremos que falta tan enorme cometen aquellos que en defensa de una mentida libertad individual o por estrechas conveniencias del momento combaten la vacunación obligatoria.

Reduzcamos a sus proporciones inevitables los estragos de la tuberculosis, no con lamentaciones, no con máximas ni prohibiciones callejeras, sino evitando que el alcoholismo de los padres produzca la miseria fisiológica de los hijos i que hombres sin conciencia vendan a precio de usura el agua, el aire i el sol a un pueblo debilitado que no espera sino el pasaje de una infeccion para morir con ella.

I para encontrar fuerzas para tales empresas recordemos que el progreso de los pueblos está vinculado a la impulsión consciente de sus masas ilustradas, i que los Gobiernos no son ni deben ser sino los ejecutores de una suprema voluntad.

